

# Formar Profesionales. Desde y para la práctica

Juan José Vergara Ramírez

Cuando Vanessa llega al aula siente un traje que no se acomoda a su cuerpo. Tiene 31 años y hace casi una década que cambió los libros por una profesión con la que luego decidió romper. Entrar en un instituto rodeada de chavales que corretean por el patio le produce una extraña sensación. Algo similar siente Carmen, que con 51 ha decidido amarrar las riendas de su vida y dedicarse al mundo de la educación. Fue una decisión difícil. Eran décadas que nada tenían que ver con esta actividad. La chispa la encendió el tiempo. Sus padres -ya mayores- entraron en una residencia en la que comenzó a participar como voluntaria haciendo actividades que pretendían entretener, apoyar, hacer llegar su afecto. Algunos meses después hacía fila tras una ventanilla, matrícula en mano, sabiendo que conviviría con un par de decenas de los chavales que la rodeaban.

Las historias de Vanessa y Carmen no son ficticias. Tampoco únicas. A la vez que ellas, Alba con 17 años y recién terminados sus estudios de bachillerato, sostenía un papel similar. Ha decidido convertirse en educadora y en vez de apostar por la universidad lo hace por la educación superior no universitaria: la FP de grado superior, algo que ni sus amigos o familia llegan a comprender del todo.

Cuando Alba llega a clase por primera vez lo hace a un entorno que conoce bien. Es un instituto de secundaria y siente una cierta inseguridad. Ya no es una estudiante de secundaria pero debe convivir entre chavales de ESO y Bachillerato. Entre sus compañeros se encuentran gentes tan mayores como Vanessa o Carmen. Otros la acompañan en



**Juan José Vergara Ramírez**

Profesor del Ciclo Formativo de Grado Superior de Animación Sociocultural del Instituto Barrio de Bilbao

los límites de la mayoría de edad, aunque son los menos. Tras una breve presentación del equipo directivo la llevan a una clase en la que las mesas están dispuestas en forma de U. Ya no es posible ocultarse tras la nuca del compañero de delante.

**B**ienvenidos. Sé que habéis venido para aprender la profesión de educadoras y educadores. Solo una palabra: enhorabuena ■

El primer encuentro con los alumnos es un momento especial. Un grupo de alumnos que miran con cara de alumno y ojos de alumno. Simulan una atención que solo encubre lo que realmente les importa; las gentes que viajarán con ellos durante ocho meses de actividad. Ocho meses de seis horas diarias -al menos- de convivencia en la que se jugarán afectos, ideas, estudios, frustraciones y alegrías. En ellas repito algunas de las frases que espero sirvan para anclar una relación y abra una pequeña grieta por la que colar un poco de aire fresco: *la maravillosa historia de dedicar tu vida a la educación.*

No relataré aquí este mágico momento pero sí una frase: *bienvenidas. Sé que habéis venido para aprender la profesión de educadoras y educadores. Solo una palabra: enhorabuena.*

Efectivamente; mi enhorabuena no es formal. Mientras que cientos de estudiantes deciden dedicar su vida a formarse para ganar dinero, posición o prestigio, ellos han decidido dedicarse a una profesión que no les dará nada de





esto. Han decidido trabajar para las personas. Para acompañar el desarrollo de niños y jóvenes, compensar desigualdades, promover la actividad de las comunidades, ayudar... educar, en definitiva. La primera acción a la que les invito es a desvestirse del traje de *estudiantes de educadores* y vestirse con el de *educadores en formación*. Es un momento a recordar: las caras de extrañeza son compartidas por todos.

Sin embargo este momento tampoco es formal. Describe *la seña de identidad* de la formación que recibirán a lo largo de los dos años que han decidido emprender. Lo nuclear de la educación, que culminará con el título de Técnico Superior en una rama educativa, será *que la adquisición de sus competencias profesionales se construirán mediante la implicación directa en proyectos educativos reales, con colectivos diversos y adecuados a su perfil profesional*.

A lo largo de los años he tenido la ocasión de contrastar una y otra vez que aquello que necesitan aprehender los educadores excede, con mucho, lo que puede ser enseñado en probetas de laboratorio. Educar es un arte. Es *manejar con arte la técnica*. Un arte que necesita desplegar la capacidad de tomar cientos de decisiones que culminarán en el éxito o el fracaso más absoluto. La profesión de educador requiere la capacidad de manejar un importante número de conocimientos con la habilidad suficiente como para responder a las necesidades de quienes son objeto de nuestra actividad. Escuchar, en definitiva, atender, ayudar. Abrir caminos al desarrollo. Esta es la profesión de los educadores en formación que ahora se miran perplejos y emocionados ante su nuevo traje de *profesionales en formación*.

Es difícil resumir en dos páginas miles de horas y cientos de ilusiones de estos nuevos profesionales, pero sí es posible poner ejemplos: El 26 de octubre un par de cientos de niños y niñas del Pozo de Tío Raimundo saltaban y jugaban. Con ellos un par de decenas de educadores aprendían a trabajar como lo que son; profesionales de la educación. La

## Educar es un arte. Es manejar con arte la técnica ■

convivencia, los valores de cooperación, el diálogo eran los protagonistas en una jornada de juegos que, con la excusa de Halloween, movilizaba a todo el CEIP Manuel Núñez de Arenas. Un centro que sirvió a los educadores en formación para tomar contacto directo con la educación. La Educación con Mayúsculas. Algunas semanas antes otro grupo de educadores participaban en un proyecto socioartístico con un colectivo de Chile en el que reflexionaban sobre conceptos de Desarrollo Comunitario, el módulo que les imparto.

A lo largo del curso van sucediéndose oportunidades educativas que ponen en la práctica los contenidos teóricos de la formación y permiten vestir la piel del educador. Porque esta formación profesional pone en juego capacidades, destrezas, habilidades personales que necesitan ser expuestas a la práctica para desarrollarse. En este camino nos acompañan amigos como el CEIP La Rioja con quien compartimos actividades relacionadas con la metodología de *rincones de actividad*, el CEIP Álvaro de Bazán para los que organizamos actividades en San Isidro y nos sirven para analizar espacios y materiales de educación infantil, el CEIP Gandhi con quien no solo compartimos actividades sino también alumnos que después pasan a educarse en nuestro instituto. Otros muchos, como el CEIP Vicente Aleixandre con quien construimos el Muro de la Diversidad en un precioso Proyecto de Centro que más tarde obtuvo un premio en el Festival de Arte, Educación y Acción Social —una iniciativa en la que tuve la suerte ser acompañado con alumnos y profesores de nuestro centro y otros muchos. En este camino nos han acompañado centros como el CEE Goyeneche con sus alumnos de educación especial con los que hemos tenido ocasión de vivir proyectos como el promovido por el Ayuntamiento de Madrid *Jornadas de convivencia, Jornadas de Juventud y discapacidad* con la Fundación Polo y un buen número de asociaciones, el departamento de educación del Museo Reina Sofía o el Thyssen con quien compartimos actividades. Con el CEIP El Sol también hemos podido colaborar en distintas actividades que permitieron a nuestros alumnos convivir apreciando la diferencia como un valor educativo.

Es difícil recordar los centros, proyectos, gentes que nos acompañan en un proyecto formativo que apuesta decididamente por la práctica como un espacio de formación profesional. Sin embargo no debemos pensar que la exposición a un ámbito profesional es formativo en sí mismo. Cada actividad en distintos ámbitos profesionales debe ser diseñada de forma





Con alumnos del centro colaboramos en un proyecto educativo en Ifoulou, una pequeña localidad del valle del Tessoud en el Rif marroquí, que trabaja para poner en funcionamiento una escuela infantil, una ludoteca y un programa de alfabetización con las mujeres de la localidad ■

minuciosa de forma que pueda ser exprimida hasta la última gota. Cuando un alumno se expone a un encargo profesional es tarea de sus formadores ofrecer las bases teóricas necesarias para que se convierta en una posibilidad educativa. En todo ello la potencia educativa es la necesidad de cada alumno para aprender, para tener los recursos necesarios, para responder a la exigencia práctica a la que se expone. De esta manera es fácil trabajar contenidos que de otra forma los propios alumnos ven como algo lejano, ajeno. Es por ello que viajamos y evaluamos recursos educativos que luego serán la grasa con la que amasar la profesión de educador. Viajes como los que vivimos a Málaga en el curso pasado y su treintena de proyectos visitados, el proyecto educativo de O'Pelouro o el de rehabilitación de pueblos abandonados en Granadilla (Extremadura), una experiencia única que los educadores en formación no olvidan.

En los últimos años andamos ilusionados con una iniciativa que promovemos y que reúne a Técnicos Superiores en Animación Sociocultural en torno a unas Jornadas que hemos bautizado como «Interactúa» y que nacen en 2009 fruto del compromiso de algunos profesores que compartimos la ilusión por un modelo educativo comprometido con

la educación como motor de desarrollo de las comunidades. Sobre este proyecto hemos podido dedicar en este número una pequeña descripción.

Interactúa no es menos ilusionador que la colaboración que con un importante grupo de alumnos de mi centro hemos podido protagonizar en el desarrollo de un proyecto educativo en Ifoulou, una pequeña localidad del valle del Tessoud en el Rif marroquí que trabaja para poner en funcionamiento una escuela infantil, una ludoteca y un programa de alfabetización con las mujeres de la localidad y para la que estamos desarrollando diversas iniciativas.

Son muchas las iniciativas que no caben en un par de páginas. Mes a mes, son más las gentes que se suman a esta propuesta formativa. Los datos nos estimulan. Las entidades contratantes prefieren profesionales que se han formado desde la práctica. Vivir un proceso formativo en relación directa con la práctica laboral permite desarrollar competencias que la aséptica bata de laboratorio no es capaz de reproducir. En el caso de la educación, formar educadores es apostar por la construcción de esa sociedad del conocimiento que está en la base de las declaraciones que una tras otra se suceden en los organismos internacionales.

Sin duda educar es abrir grietas a la esperanza de un mundo solidario, sostenible. Es ofrecer las herramientas que permiten desarrollarse a lo largo de toda la existencia. Formar educadores es una compleja labor que debe complementar el desarrollo de contenidos técnicos. Junto a ellos la chispa que alimenta cimientos para los pilares de la educación: conocer, hacer, convivir y ser<sup>1</sup>.

#### Más información:

<http://colectivoenaccion.es>

<http://socioculturalesbb.blogspot.com>



<sup>1</sup> Delors, J. (1994): La educación encierra un tesoro. Informe sobre la educación del siglo XXI. Santillana UNESCO.